

curando igualmente reservar lugar suficiente para la firma de los ausentes. Dice Anastasio que firmaron tambien los legados del Papa por haber sido sorprendidos; mas sus suscripciones no aparecen en las actas.

14. Justiniano ansiaba obtener la firma del Pontífice, y le envió un egemplar firmado de su mano y de la de todos los prelados. Bien impuesto Sergio en cuanto habia ocurrido, no quiso recibirle, ni abrirle siquiera para leerle. El Príncipe irritado de este desaire, envió á su caballerizo mayor Zacarías, con órden de apoderarse de la persona de S. S. y traerle á la corte (1). Mas la milicia italiana se puso al punto sobre las armas, y partió al instante á Roma para hacer frente á esta violencia. Notando Zacarías que las tropas se acercaban por todas partes, rogó al Papa que mandase cerrar y guardar las puertas. Refugióse un momento despues medio muerto de miedo al aposento del Pontífice, suplicándole con lágrimas que le salvase la vida. Las tropas entraron sin embargo por la puerta de San Pedro caminando con buen órden hasta el palacio Lateranense, y diciendo que querian ver al Papa con tanta mayor instancia, cuanto mas habia corrido la voz de que le habian arrebatado de noche. Prorrumpieron en gritos horribles al encontrar las puertas cerradas, y amenazaron forzarlas si no las abrian sin pérdida de tiempo. Juzgó entonces Zacarías que habia ya tocado el término de su vida, corrió frenético por los aposentos y se ocultó debajo de la cama del Papa, que

(1) *Paul. Diac. lib. 6. hist. cap. 11.*

hizo en vano los mayores esfuerzos para tranquilizarle. Salió el Pontífice al instante de su habitacion, mandó abrir las puertas, y se colocó en una silla elevada á vista de todos. Recibió cariñoso á los militares y á los ciudadanos romanos que mostraron los mayores deseos de verle, y con la dulzura y sabiduría de sus palabras calmó los ánimos de todos. No pudo sin embargo reducirlos á que se retirasen, porque la idea del peligro á que habia estado espuesta la persona de un Pontífice generalmente amado como padre, no podia borrarse de su memoria. Siguieron custodiando con la mayor vigilancia el palacio pontificio, hasta haber arrojado de Roma al cobarde caballerizo que se reputó dichoso con esta espulsion vergonzosa.

15. No tuvo Justiniano tiempo para vengarse, pues fue arrojado de Constantinopla, donde le grangearon el odio sus crueldades, y el desprecio sus caprichos. Deseando dar alguna mayor estension á su palacio, tomó el partido de arruinar la iglesia de la Virgen que estaba vecina, y propuso con el mayor atrevimiento al patriarca Calínico que ordenase hacer rogativas para el buen resultado de esta empresa profana. Respondió el prelado con firmeza, que habia oraciones á propósito para fundar iglesias, mas no para arruinarlas (1). La iglesia sin embargo fue demolida, y se reedificó en otra parte. Mandó el Emperador poco despues al gobernador de Constantinopla que asesinase de noche al santo patriarca, y de-

(1) *Theophil. pag. 307.*

gollase al mismo tiempo á una parte del pueblo. Debía en la propia noche hacerse á la vela el patricio Leoncio para el gobierno de Grecia que le habian conferido, intimándole que partiese á él sin dilacion. Habíale cubierto de gloria la guerra que hizo este militar á los musulmanes y la felicidad de sus empresas. Su recompensa fue una prision de tres años, y el gobierno á que le destinaban no era mas que un destierro político, el que le pronosticaba la última catástrofe de su vida.

16. Habia entre los monges que fueron á despedirse de él un abad y un monge astrónomos, quienes le afirmaron muchas veces durante su prision que llegaria á ser Emperador (1). Leoncio les dijo: ya veis el efecto de vuestras profecias: ¡ojalá estuviese tan cierto de conservar la vida en el gobierno, como lo estoy de no ser Emperador! Respondiéronle que se hallaba mas cerca del trono de lo que pensaba, y que no debia abandonarse de este modo sino seguirlos. Condujéronle hácia la cárcel, mandaron abrirla anunciándole como Emperador, y sacaron de ella á muchos hombres valientes que estaban allí sin causa. Hízoles armar Leoncio, y reuniéndose á ellos cuantos le seguian, corrieron todos á la plaza gritando: *á Santa Sofía, cristianos, á Santa Sofía*. Penetró bien pronto este grito de guerra ó de alarma en todos los barrios de la ciudad, y en breves instantes estuvo todo el pueblo reunido. El patricio acompañado del abad, del monge y de los principales de

(1) *Niceph. hist. pag. 25.*

su partido, buscó al patriarca que aguardaba el instante fatal de la egecucion ordenada contra él mismo; y le condujeron al sitio donde se habia reunido el pueblo. Esclamaron todos entonces: *viva Leoncio; muera Justiniano*: y el desgraciado Emperador fue arrestado y llevado á la plaza. El pueblo quiso despojarle de la vida, pero Leoncio contestó con hacerle cortar la nariz y enviarle al Chersoneso: moderacion viciosa á un mismo tiempo por defecto y por exceso, y opuesta á los principios de la religion y á las reglas de la política. Cupo á Leoncio la misma desgracia tres años despues.

Dueños los musulmanes de la ciudad de Cartago, envió contra ellos el nuevo Emperador al patricio Juan, célebre por su valor y pericia militar: y Juan arrojó á los infieles de todas las plazas que ocupaban. Habíalas sin embargo con un Príncipe á quien no aterraban los obstáculos ni las desgracias: Abdelmelic, de la sangre de los Omniades, que solo habia heredado de sus mayores el califato de Siria, habia añadido á su herencia la Arabia y el Egipto, dando fin con la derrota de Abdalla á una guerra civil que duró treinta y cinco años. Envió mayores fuerzas al África, y no satisfecho con la reconquista de Cartago y de cuantas ciudades se habian perdido en el año anterior, arrojó tambien á los sucesores de los romanos de sus antiguas posesiones, estinguendo de este modo las reliquias del poder romano en la tercera parte del mundo donde se hallaba establecida por el largo espacio de 850 años; es decir, desde la

toma de Cartago por Escipion en el año 608 de Roma.

17. Solo tuvieron valor los vencidos para rebelarse, y eligieron por Emperador á un cómplice en su desgracia (1). Reconocieron á Apsimaro dándole el nombre de Tiberio, y regresaron precipitadamente á Constantinopla. Padeció Leoncio tambien la mutilacion de la nariz y luego le encerraron en un monasterio: reinó cerca de tres años, y Apsimaro siete. Permanecia Justiniano en su destierro y prision del Chersoneso: y pudo hallar medio de burlar la vigilancia de sus guardas y de pasarse á la Bulgaria en donde aguardaba socorros. Estando en el mar sobrevino una tempestad espantosa, y penetrado de un temor religioso le dijo uno de los que le acompañaban: Príncipe, interesad al cielo á vuestro favor: ofreced á Dios que perdonareis á vuestros enemigos si os restablece en el trono. Colérico Justiniano respondió con esta horrorosa imprecacion: lo contrario haré yo; quíteme Dios la vida si dejó uno solo. Conseguidos los socorros que aguardaba de Bulgaria, partió en derechura á Constantinopla, donde se formó un partido favorable que le facilitó la entrada por un acueducto. Juzgaron todos que las desgracias le habian mudado, y así se declararon por él, huyendo Apsimaro y siendo despues preso. Sacaron á Leoncio del monasterio, y encadenado uno y otro fueron conducidos á Justiniano en la plaza del Hippodromo, donde habia un espectáculo de corridas de caballos. Mandóles hincar delante de su trono, y poniendo la

(1) *Theophil. in Apsim. ann. 7.*

planta encima de sus cuellos permaneció en esta postura por espacio de una hora que gastaron en la primera corrida, no cesando de esclamar el pueblo inconstante y cruel de Constantinopla: habeis caminado sobre el áspid y el basilisco, y sujetado á vuestros pies al leon y al dragon. Luego ordenó Justiniano que á los dos les cortasen la cabeza: mandó sacar los ojos al patriarca Galinico, le envió á un destierro y puso en su lugar al monge Ciro, quien creía haberle anunciado su restablecimiento: duró su reinado despues de tan odioso castigo seis años.

Los habitantes de Constantinopla no tardaron en convencerse de que los reveses en nada habian mudado la conducta de su Emperador, y que su genio altanero, pertinaz y temerario, en vez de moderarse con los golpes del infortunio, habia subido de punto. De nuevo pretendió que recibiesen en toda la Iglesia el concilio de Trullo, y mostró unos deseos mas ardientes que nunca de verle confirmado por el Sumo Pontífice.

18. Murió Juan VI sucesor de Sergio á 9 de Enero de este mismo año de 705, despues de un pontificado de mas de tres años, del que solo conocemos las fechas. Juan VII, de nacion griego, fue como Juan VI elevado á la Tiara en el 1.º de Marzo despues de mes y medio de vacante. Llegó á sus manos el egemplar del concilio quini-sesto que el Emperador habia tornado á enviar á Roma, por medio de dos metropolitanos, sujetando aquel Príncipe su genio imperioso á suplicar al Papa llevase á bien reu-

nir un concilio para confirmar lo que hallase digno de aprobacion en el de Constantinopla, y reformar lo que pareciese reprehensible. Volvió el Pontífice, sin esplicarse, á remitir el egemplar conforme lo habia recibido; lo que parece no ofendió al Emperador, contento sin duda con una indiferencia que se ha reputado reprehensible en Juan VII (1). He aquí cuanto conocemos de su pontificado, además de la magnificencia con que adornó las iglesias, y la restitucion que le hizo Ariberto, Rey de los lombardos, de los Alpes Cotiennos, es decir, del monte de Ginebra y del monte Cenis, usurpados mucho antes por aquella nacion á la santa Sede. Espiró en 17 de Octubre de 707, y en 18 de Enero siguiente le sucedió Sisinio, siro de nacion, cuyo pontificado duró tan solo veinte dias; mas en tan corto tiempo su beneficencia y vastos proyectos le grangearon la estimacion y el sentimiento general de la ciudad, cuyos muros habia intentado reparar. El 18 de Enero de 708 elevaron á la dignidad pontificia á Constantino, tambien siro, en la que permaneció por espacio de siete años. Este fue el séptimo de los Papas nacidos consecutivamente en Siria ó en Grecia; particularidad que se atribuye á las persecuciones de los musulmanes y á las frecuentes revoluciones del imperio. Refugiáronse en Roma muchos de los orientales, en cuyo suelo aquellos genios comunmente superiores á los del occidente, é impulsados por otra parte de la emula-

(1) *Paul. Diac. lib. 5 hist. cap. 23. et 28.*

eion, se desarrollaron de todo punto mostrándose muy capaces de los primeros ministerios. Resplandeció el Papa Constantino con una sabiduría y una dulzura que le grangearon la estimacion y amor universal. Sin abandonar cosa alguna de los derechos de su Silla, supo congraciarse con el Emperador Justiniano. Vengó este Príncipe con un rigor tal vez excesivo la injuria que el arzobispo de Ravena habia hecho á la cátedra de San Pedro. Felix, poco antes ordenado para prelado de esta iglesia, se negó á hacer á la de Roma las ofertas que habian hecho por mucho tiempo y sin interrupcion sus predecesores; y de acuerdo con la potestad secular tomó medidas secretas para que no se le violentase á ello. Ordenó el Emperador al general y al ejército de Sicilia que partiesen contra Ravena. Apoderáronse de la ciudad: arrastraron á Felix y á sus cómplices cargados de cadenas como perturbadores á Constantinopla, en donde sacaron los ojos al arzobispo y luego le espulsaron al Ponto.

19. San Bonét, obispo de Clermont en Auvernia, edificaba al mismo tiempo con sus egemplos á todas las Galias. Su hermano Avito, sucesor de San Proyecto, nombró á Bonét para que fuese su sucesor despues de su muerte con aplauso general de su iglesia, con el consentimiento de la corte y con todas las formalidades necesarias (1). No podía la institucion ser mas canónica en cuanto á las cualidades del sugeto. Bonét, natural del mismo Clermont, de fami-

(1) *Act. SS. Bened. tom. 3. pag. 90.*

lia senatoria, elevado al empleo de canceller y nombrado luego gobernador de Marsella y de la Provenza, hizo todavía mayores progresos en la virtud que en las dignidades. Dió en todas partes el ejemplo de una fe viva y fecunda en buenas obras, redimiendo cautivos, reconciliando á los enemigos y dedicándose al ayuno, á la oracion, y á todos los ejercicios de la vida cristiana y perfecta: consagrado obispo, redobló su fervor. Permanecía dos, tres ó cuatro dias sin comer: oraba con tantas lágrimas que regaba con ellas sus vestidos: leía ó meditaba sin cesar las sagradas Escrituras: apenas dormía, y conservaba un profundo retiro principalmente en la cuaresma, todo aquel tiempo que le dejaban libre las funciones exteriores del celo y de la caridad. Ejercitaba religiosamente la hospitalidad: cuidaba con esmero de los pobres repartiéndoles inmensas limosnas; y conferenciaba frecuentemente con los sacerdotes para mostrarles el camino de la virtud é imponerlos en la ciencia canónica.

No fue menor la inquietud que causaba á su espíritu el haber sucedido en la dignidad episcopal en vida de su hermano. Vivía en el monasterio de Soliñac, cerca de Limoges, un discípulo de San Eloy con mucha opinion de santo, y muy hábil en las cosas pertenecientes á la salvacion. Fue el humilde prelado á consultarle las dificultades de su conciencia: y aquel varon de Dios anteponiendo la observancia literal de los cánones á cualquiera otra ventaja, le aconsejó que dejase el obispado. Obedeció con humil-

dad evangélica, se retiró á la abadía de Manlieu fundada algunos años antes, y tomó el hábito de monge. No cesó sin embargo de entregarse á los trabajos del obispado. Levantando segunda vez la cabeza en la diócesi de Clermont las heregias de Novaciano y Joviniano, que ya se juzgaban estinguidas, salió de Manlieu una refutacion sólida atribuida en la mayor parte al obispo Bonét. Distribuyó todos los bienes á las iglesias y monasterios, y despues de cerca de un año de retiro partió á Roma á visitar los sepulcros de los Santos Apóstoles. Su viage fue una serie no interrumpida de buenas obras: edificó con su piedad y modestia á los solitarios mas fervorosos de Agaunó y de la isla Bárbara; y reconcilió al duque de Borgoña con el arzobispo de Leon. Miró Ariberto, Rey de los lombardos, como fruto de sus oraciones una insigne victoria que le afianzó la posesion del trono. Redimió muchos cautivos, y repartió á los pobres lo que le quedaba. Detúvose á su regreso de Roma en Leon, donde espiró al cabo de cuatro años de permanencia en aquella ciudad, lo que no estorbó trasladar sus reliquias á su antigua iglesia de Clermont.

20. Por este tiempo gobernaba la iglesia de Auxerre San Tétrico: fue abad del monasterio de San German, y se cuentan catorce religiosos de esta casa, entre ellos seis abades, que llegaron á ser obispos de la propia iglesia. Muéstranos un sínodo celebrado por San Tétrico en el primer año de su pontificado, que los prelados celosos de la magestad del culto público, suplian por otra parte el corto número de los ministros

de la matriz. Señala este sínodo los meses y las semanas en que los abades y los arciprestes de diferentes iglesias debían concurrir á la catedral para celebrar los divinos oficios (1). Escéptúa solo el mes de Setiembre por razon de las vacaciones concedidas á causa de la vendimia. El ecónomo encargado de la administracion de los bienes de toda la iglesia, á diferencia del rector que cuidaba en particular de la casa episcopal, suministraba la retribucion conveniente á cada cuerpo de asistentes durante su semana, y debia privar del vino á los que no fuesen exactos. Conserva la diócesi de Auxerre estos monumentos de disciplina desde el siglo precedente. Es venerado San Tétrico como mártir, segun la costumbre de aquel tiempo, por haber sufrido una muerte injusta y violenta. Fue asesinado por su propio arcediano estando durmiendo; y quedó vacante tres años la silla de Auxerre.

Eran estos desórdenes una consecuencia inevitable de los que reinaban en el gobierno, ó por mejor decir, de la anarquía que durante la menor edad de muchos Reyes desoló á la Francia (2). Ofrece otro ejemplo triste de esto mismo la muerte de San Lamberto de Mastrich. Despues de siete años de ausencia de su silla, el asesinato de Ebroino dió lugar á Pipino para arrojar del trono al usurpador Faramundo. Sacaron entonces á Lamberto honrosamente de su retiro de Stavelo, y le restablecieron en el obispado á ruegos

(1) *Hist. Epist. Antis. cap. 24.* (2) *Act. SS. Bened. tom. 5. pag. 72.*

del cléro y de todo el pueblo. Tornó á emprender el oficio pastoral con su ardor acostumbrado, y para compensar el tiempo consumido en la ociosidad á que la violencia le habia sujetado, tomó á su cargo la conversion de los paganos que quedaban todavía en un pais muy vecino á Mastrich. Correspondió el éxito á sus deseos: y la ferocidad de los salvages cedió al atractivo de su dulzura y paciencia inalterable, civilizándose y derribando sus ídolos y templos. Mas en el seno mismo de su iglesia dos hermanos poderosos, Galo y Rioldo, le afligieron mas que los infieles, haciéndose insoportables á todos por sus violencias. Indignáronse de tal manera los parientes y amigos del Santo, que llegaron al extremo de darles la muerte.

Resolvió vengarse Dodon, pariente de Galo y Rioldo y favorito de Pipino, en el santo obispo á pesar de su inocencia. Reunió una multitud de gente armada y caminaron en desórden á acometerle en el pueblo de Lieja, puesto á las orillas del Mosa. Estos furiosos rompieron las empalizadas y las puertas, escalaron el castillo, y en un momento cubrieron el tejado. Dieron parte al obispo al tiempo que el sueño cerraba sus párpados: mas como la santidad de su carácter no habia disminuido su valor tan propio de una sangre ilustre en su siglo y en su nacion, su primer movimiento fue echar mano á la espada; pero reprimiendo al instante la fuerza de la gracia los impulsos de la naturaleza, arrojó el arma y puso su vida en manos de aquel Señor que dió la suya por sus propios verdugos. Entraron dando gritos, pro-

rumpiendo en mil amenazas, haciendo un ruido horrible con sus broqueles, y dando fuertes golpes con las lanzas en los muros. Este confuso tropel de salteadores no era á pesar de esto tan temible como parecia. Dos sobrinos del obispo sin otras armas que unos palos les obligaron á retroceder; mas el santo prelado dirigiéndose á todas las personas que le acompañaban, les dijo: si me amais verdaderamente, abstenéos de la violencia á imitacion de Jesucristo y de vuestro obispo, que se esfuerza por seguir su ejemplo. Uno de sus sobrinos replicó diciendo: ¿no oís como amenazan poner fuego á la casa y abrasarnos vivos? Respondió el Santo: acordaos, sobrinos míos, que sois reos de la muerte de dos hermanos: tenéis bien merecido el infortunio que os amenaza. Mandando despues salir á todos de su aposento, se postró con los brazos estendidos en forma de cruz, y se puso á hacer oracion vertiendo muchas lágrimas. Forzaron las puertas de la casa en este tiempo los enemigos, entraron en gran número, asesinaron á cuantos pudieron haber á las manos, y uno de ellos subiendo encima del techo que correspondia á la habitacion del Santo hizo en él una brecha y le disparó por ella un dardo que le quitó la vida. Pusieron al punto su cuerpo en una barca, y le condujeron á Mastrich.

21. Sucedióle su discípulo Huberto de la nobleza de Aquitania, empleado en su juventud en la corte del Rey Tierri, en la que cayó por desgracia en los extravíos ordinarios de una vida disipada y mun-

dana. Dicen, que habiendo ido á caza en un dia de fiesta muy solemne mientras que los demás fieles asistian á los divinos officios, vió un ciervo con una cruz en la cabeza y oyó una voz espantosa que le anunciaba una infelicidad eterna si no hacia penitencia de sus culpas, y que aterrado se arrojó al instante del caballo é hincándose en el suelo ofreció obedecer la órden del cielo. Sea lo que fuese de la verdad de este suceso, cuyo principal garante es un autor anónimo; Huberto pasó á la Austrasia en donde oyendo hablar de las raras virtudes de San Lamberto fue á buscarle para sujetarse á su direccion, y el Santo le admitió en su clero. Habia sido casado, y aunque jóven todavía tenia un hijo llamado Floreberto, que mucho tiempo despues le sucedió en el obispado. Hizo despues de su conversion progresos tan rápidos en la virtud, que muerto su maestro no vieron persona mas capaz de consolar á los fieles en el dolor de una pérdida tan sensible como la de Lamberto.

Las conversaciones públicas entretanto se reducian á hablar de los milagros obrados en la casa donde habia sido muerto San Lamberto, erigida luego en iglesia por la piedad de los fieles (1). Contaron al obispo Huberto diferentes apariciones de su santo predecesor, en las que habia mandado se trasladase su cuerpo á Lieja. Huberto conocia mejor que nadie los varios caminos por los cuales el cielo podia manifestar sus decretos; pero procedió con la mayor escrupulosidad en usar de todas las reglas de un dis-

(1) *Ibid.* tom. 3. pag. 78.